

NI PEINE NI CUCHARA

Mari Carmen Hernández Pérez.

Adaptación para lectura dramatizada realizada por Antonio Lois.

Intervienen: Mujer ciega y Alfredo.

Escena única: Una mujer ciega está pasando el plumero por los muebles y cuadros de un salón.

1. Mujer. Ni para peinarse hace falta peine, ni para comer cuchara. Lo que el niño necesita es más obligaciones y tener a alguien que le dé ejemplo.
Te pasas doce horas en el trabajo y cuando vuelves ya está dormido. Es verdad que al principio lo necesitábamos para la hipoteca, pero ahora, siempre tenemos para poner la mesa.
2. Narra. La mujer se vuelve hacia el sofá.
3. Mujer. ¡No puedo más! Te lo digo como ultimátum, o le dedicas más tiempo a nuestro hijo o cojo el camino y no vuelvo.
¿De qué me valen tus finezas? Te estoy pidiendo que pases tiempo con él, que está creciendo muy rápido y apenas te conoce. ¡Me escuchas? te has quedado como un pasmarote, como dice tu madre.
4. Narra. La mujer se vuelve hacia el sofá y aprieta los puños.
5. Mujer. ¡No puedo más, Alfredo! Estoy cansada de tus mentiras, que te inventes historias que son verdades a medias. Y luego está ese olor a alcohol con el que llegas últimamente.
¿Te has creído que soy tonta?, ¡ciega, sí!, pero tonta... tu madre.
Ayer me llamaron del instituto. La cuarta vez en lo que va de año.
La primera fue porque no entregaba los deberes y se saltaba clases. ¡Te lo dije! pero tú nunca escuchas.
La segunda porque no solo no presta atención en clase, sino que encima convence a los demás a que hagan lo mismo. ¡Señor! ¿Qué vamos a hacer?, te pregunté, pero nada, te limitaste a guardar silencio, como haces ahora.
La tercera tuvo consecuencias, se metió en una pelea con un chico de otra clase y los padres amenazaron con denunciar al colegio. ¿Y tú...? dale que dale, callando...
Le preguntaste qué había pasado y sacaste leña del fuego, como si eso fuera suficiente para remediar todo.
A veces creo que no quieres ver lo que pasa, tu hijo tiene problemas serios y cierras los ojos.
6. Narra. La mujer se vuelve hacia el sofá, aprieta los puños y da un zapatazo de rabia.
7. Mujer. ¡Que no puedo más, Alfredo, que no puedo...! Estoy cansada de decirte que lo que el niño necesita es que le dediques más de tiempo.
Y la cuarta... la cuarta queja, ¡por Dios!, que lo han pillado repartiendo "maría" en el patio. ¡Eso no! No estoy dispuesta a lidiar yo sola con todo esto.
Y encima te has quedado mudo. ¿Estás borracho, Alfredo?
Si no estás dispuesto a colaborar, apaga y vámonos, como dice tu bendita y sabia madre.
Por cierto, la he invitado a venir el domingo. ¡Quiero que esa cacatúa hable contigo!
A ver si la escuchas o te quedas como ahora, como un muerto oliendo alcanfor, como uno de esos trajes que ella se pone. Hueles a cementerio.

8. Narra. Se escucha el timbre de un teléfono. La mujer se queda en silencio, escuchando. Se vuelve hacia el sofá, sigue en silencio, intentando escuchar alguna reacción del marido.
9. Mujer. Alfredo..., ¿Alfredo?, ¿estás ahí? ¡Coge el teléfono de una vez!, ¿no lo escuchas?, ¡Que está sonando! Desde luego..., ¡no me sirves ni para esto!
¡Dígame!
10. Alfredo. Hola, cariño. Hoy llegaré tarde. Hace rato que estoy intentando comunicar, pero parece ser que había una avería.
Llamé a mi madre y dijo que se acercaría.
¿Sigue aún contigo?
Invítala a un café, me gustaría que os reconciliarais.
¿Me oyes cariño?
Creo que el niño necesita pasar más tiempo con su abuela. Ella hizo de mí lo que soy, un padre ejemplar, un hombre de provecho.
11. Narra. La mujer cuelga en silencio, se sienta en una silla y se queda con la mirada perdida. Telón y aplausos.